

# LA REVOLUCIÓN MEXICANA EN EL URUGUAY

*Carlos M. RAMA*

LA HISTORIOGRAFÍA hispanoamericana durante mucho tiempo creyó poder apreciar el total de la historia de cada país recurriendo a su misma memoria histórica, a sus exclusivos fondos documentales y a su personal literatura.

Desde México a la Argentina, las escuelas nacionales de historiadores se empeñaron en trazar la historia nacional de cada uno de los países sobre el único fundamento de sus materiales locales y de su visión o conciencia histórica de su pasado.

Esta etapa la determina un nacionalismo cerril, pero más todavía supone una etapa primitiva del manejo de la teoría y metodología histórica, que olvidaba que las historias nacionales hispanoamericanas no son campos de conocimiento histórico suficientemente amplios o comprensibles.

En una segunda época, a los efectos de conocer mejor a ciertos personajes o meramente para publicar en forma exhaustiva los fondos documentales relativos a ellos, se comenzó a recurrir a los archivos y otros repositorios de los países vecinos. Es tal el caso de las importantes series documentales sobre Bolívar, O'Higgins, San Martín y Artigas.

Fue fácil pasar a la etapa que nos interesa subrayar, aquella en que se procura captar la imagen del propio país utilizando a menudo el reflejo —en ocasiones fugitivo— que ha dejado en otros pueblos, o en hombres que pueden estimarse caracterizados. La visión de nuestros países a través del relato de los viajeros de los siglos XVIII y XIX es muestra bien típica de ello, y la importancia que se le ha concedido constituye un elocuente índice de esta técnica. Importante resulta seguir la reacción de un país frente a un gran acontecimiento histórico de su vecino.

Tal es el sistema que se ha intentado, y con éxito, a propósito de aquellos países en que está especialmente desarrollada la opinión pública, y en que ésta es muy sensible a los problemas del exterior. Así la Guerra Grande del Río de la Plata en Inglaterra, o el Imperio de Maximiliano en los Estados Unidos.

Menos transitado, en cambio, es el que intentamos ahora, y que consiste en rastrear la resonancia de ciertos grandes hechos de un país hispanoamericano en otro. Conspiran contra su éxito el hecho de que la opinión pública y sus órganos de expresión se encuentran menos desarrollados en esta parte del mundo, y de que —aunque resulte teóricamente absurdo— se conocen menos los hispanoamericanos entre sí que con relación a Europa o a los Estados Unidos.

Los hechos históricos de las potencias imperiales, o de aquellas que sin serlo tienen el prestigio de la riqueza o el conocimiento, nos llegan con más fuerza y nitidez que los que se refieren a pueblos hermanos por la lengua, el origen y la historia.

Pero además, la resonancia del hecho histórico exterior suele tener una dinámica propia, o una manera de actuar que ilumina ciertos aspectos de la vida histórico-social del país receptor.

A propósito de ciertos grandes hechos, como las revoluciones, es apasionante observar la distinta reacción de cada una de las clases sociales que componen un país, el distinto tono de los grupos de la intelectualidad, y la selección que, para su receptividad, tienen las generaciones.

Las REVOLUCIONES son tan escasas en América como abundantes las “revoluciones”, y por ello debe ser explotada la oportunidad que brinda la Revolución mexicana de 1910 de estudiarse a través de cada uno de los países hispanoamericanos.

El Uruguay en el primer cuarto del siglo xx está en condiciones objetivas inmejorables para interesarse en un hecho histórico de la cuantía y perfiles de la Revolución mexicana. El país vive la gran transformación democrática —revolución pacífica— que lo ha convertido en una comunidad alta-

mente socializada, en que la legislación social, la existencia de importantes empresas económicas nacionales, un fuerte movimiento obrero y el desarrollo de la educación pública laica son algunos de sus rasgos más caracterizados.

En 1911 se inicia la segunda presidencia de José Batlle y Ordóñez, y en 1917 se adopta la segunda Constitución uruguaya, de la cual se ha dicho que, junto con la mexicana de Querétaro, constituye un documento revelador de una nueva visión de la vida política.

Si bien es cierto que la resistencia posible de las clases altas se vio quebrada por la derrota del partido nacionalista terrateniente en la guerra civil de 1904, y que en la transformación participó buena parte de la burguesía más progresista, no faltaron en el Uruguay —en sustitución de los hechos bélicos típicos de otras revoluciones— la polémica, la discusión, la lucha cívica.

En ese esquema y en esas circunstancias se inserta el cuadro de la resonancia de la Revolución mexicana en el Uruguay.

NO HA FALTADO nunca en el Uruguay una viva corriente de simpatía por México y por sus asuntos, pero la Revolución mexicana —hecho histórico eminentemente popular y revolucionario— puso en primer término en evidencia la solidaridad del extremismo social. El interés por los asuntos mexicanos y su comprensión se inicia entonces en el sector de las ideas sociales extremistas uruguayas, y sólo después llega a interesar al círculo de los intelectuales, de los estudiantes, de las clases medias.

No debe creerse por esto que hasta 1910 no existiese en el plano del movimiento obrero y social una vinculación entre ambos países. José C. Valadés dio a conocer, en el año 1927, una interesante correspondencia intercambiada entre la “sección uruguaya de la Asociación Internacional de los Trabajadores” y la “sección mexicana” de la misma asociación internacional, que se remonta a los años 1872-1877.<sup>1</sup>

Esa vinculación, que era no solamente la propia de individuos que pertenecían a una misma área cultural, sino, ade-

más, la de gentes que sostenían parejas ideas en cuanto a la organización social y al porvenir del socialismo en el mundo, no se desmintió en ocasión de llegar al Río de la Plata las primeras noticias relativas a la Revolución mexicana.

Especialmente, los periódicos anarquistas de Buenos Aires y Montevideo destacaron, ya antes de 1910, los intentos y los trabajos del Partido Liberal mexicano y difundieron los nombres de los hermanos Enrique y Ricardo Flores Magón, Camilo Arriaga, Praxedis Guerrero, Juan Saravia y otros.<sup>2</sup>

En julio de 1911, es decir, apenas a escasos meses de iniciarse en Puebla y en Chihuahua, el 20 de noviembre de 1910 la gran Revolución mexicana, el periódico *El Socialista* de Montevideo, subtítulo "Defensor de la clase trabajadora", entonces dirigido por don Adolfo Vázquez Gómez (pero bajo la inspiración del Dr. Emilio Frugoni, fundador del Partido Socialista uruguayo el año anterior, y orientador de este periódico desde 1906 hasta nuestros días), dedica por vez primera dos columnas a lo que llama "la cuestión mexicana". Detalla largamente la evolución de México desde 1876 hasta esa fecha, y termina diciendo:

Empero llegó el año de 1910 en que el despotismo se impuso con descaro sin precedentes, y el pueblo protestó con energía ante las Cámaras. No se podía sufrir más, y entonces la razón de la fuerza se sublevó enérgica, desafiando todos los peligros. Aquiles Serdán dio el grito de rebelión el 18 de noviembre de ese año, en plena ciudad de Puebla. Era la primera escena que acusaba el descontento popular, siguieron miles de acontecimientos de sangre, y la rebelión por último ha tomado tales proporciones, que extinguió el gobierno del general Díaz. Veremos cómo se producen los acontecimientos, y pondremos al corriente a los lectores de *El Socialista*.<sup>3</sup>

La información había sido proporcionada —según se manifestaba en el mismo artículo— por don Clemente Ubasia-ga, "que nos escribe dando detalles del génesis de la Revolución mexicana". A pesar de su promesa, *El Socialista* no volverá a ocuparse de la Revolución mexicana hasta agosto de 1911, después de una reorganización que lo lleva a figurar, ahora sí, como "órgano oficial del Partido Socialista".

Pero lo hace para iniciar, durante varios números, una apasionante consideración polémica sobre las características revolucionarias del movimiento histórico de México, y las relaciones que podría tener aquel movimiento con el socialismo.

El autor de estos escritos es el ciudadano Evaristo Bozas Urrutia, hombre de partido, sabedor de las teorías del socialismo de la época, en las que prefiere muy especialmente las corrientes evolucionistas de tipo reformista, y defensor acérrimo de la organización proletaria en los cuadros de los partidos socialistas adheridos a la Segunda Internacional. Su primer escrito, intitulado "La revolución de México y el socialismo", es contundente y dice así:

De la revolución de México hemos dicho que no es social, que no será, ni triunfará. Tres afirmaciones que hacemos profundamente convencidos que responden a una realidad histórica de México. Tres afirmaciones que sentamos, frente al equívoco anarquista, obstinado en dar a esa revolución liberal un carácter social, comunista, de expropiación consciente. Tres afirmaciones que hacemos y que probaremos en seguida, pese a los anarquistas que desde sus tribunas y de sus periódicos no sólo sostienen y propalan con manifiesta inconsciencia el momento actual del capitalismo, hecho equívoco, sino que apostrofan con energía agresiva la naturalidad que frente a la revolución mexicana observa el socialismo militante. Y al hacerlo estableceremos de paso una nueva afirmación: la de la inconsciencia histórica de los anarquistas, para quienes una ligera crisis espasmódica, como la de México, es una revolución social.

Estos pensamientos se encuentran desarrollados por extenso en el número 24 de *El Socialista*, correspondiente al 3 de septiembre de 1911, donde con acopio de citas extraídas especialmente de *Regeneración* (órgano del Partido Liberal Mexicano), de publicaciones anarquistas y anarcosindicalistas que en el Uruguay, la Argentina y España apoyan el movimiento, y de los teóricos social-demócratas como Jean Jaurès y el argentino Juan B. Justo, se hace la condenación del movimiento insurreccional de México en razón de detalladas consideraciones.

Sus argumentos son los siguientes: el pueblo mexicano,

atrasado social y políticamente a causa de la larga dictadura de Porfirio Díaz, “carece de una noción clara de la sociedad y de la historia, ignora sus luchas, sus revoluciones económica y política, y no sabe, por tanto, que el capitalismo, en la fase histórica contemporánea, está en un momento culminante de la expansión y predominio del mercado internacional”; además, no se ha formado “un proletariado internacional suficientemente fuerte para arrancarle ese predominio, ni suficientemente preparado, por su educación social, política y moral, para dar a la sociedad una forma comunista”.

Y después de detallar muy someramente las diferencias entre Madero y los liberales, dice “que ese partido liberal por su grito es anarquista; por su método, burgués; y por su acción guerrera adquiere las características de las montoneras sublevadas”.

“El partido liberal —dice más tarde— adopta el mismo sistema revolucionario de los partidos burgueses. La guerra civil, el atentado a las poblaciones, el saqueo, etc.”.

En el segundo de estos artículos agrega los siguientes argumentos:

La causa del proletariado no debe confundirse con la de los políticos burgueses maderistas o liberales. La causa del proletariado debe estar desligada de las pequeñas luchas de la política de tierra adentro con las cuales poco o nada tiene que ver aquella... [De ahí depende] el unánime silencio que han asumido todos los socialistas de todos los países ante este episodio político. De ahí también un perfecto acuerdo entre nosotros y los socialistas norteamericanos, acuerdos realizados recientemente, etc.

Las críticas de Bozas Urrutia apuntan no solamente a las características singulares de la Revolución mexicana, sino a la posibilidad del uso de la revolución como método de transformación histórica. Dice:

Si los anarquistas no fueran tan románticos, ni tan ideológicos, ni tan inconscientes de los movimientos históricos de las modernas luchas entre capital y trabajo; si en lugar de vivir en esa casi divina Acracia, esperando, como por arte de magia, el parto de la sociedad burguesa para lanzarse en exclamaciones ingenuas o imprecaciones terribles contra los que, con una sensatez digna de

aplauso, mantiénense a la expectativa frente a los acontecimientos; si hubieran aprendido algo en materia de tácticas, en los largos años de lucha obrera; si, en una palabra, la experiencia hubiera tenido para ellos un valor educativo, es indudable que el episodio de México no les causaría otra impresión que la que puede causarles cualquiera de las revoluciones políticas, tan en uso en los jóvenes países hispanoamericanos, cuyo fin es sacar del poder a Juan para poner a Pedro, o sacar a Díaz para poner a Madero, que es lo que ha pasado en México.

Estos dos escritos de Bozas Urrutia produjeron cierta conmoción y fueron comentados por la prensa socialista, obrera sindicalista y sobre todo anarquista de ambos márgenes del Plata, en términos contradictorios. El autor fue desafiado por un centro anarquista a una polémica pública, para discutir si era o no revolución social lo que se estaba produciendo en México. Desde Buenos Aires, como nos informa el número siguiente de *El Socialista* mismo, escribe don Bernardo Burgos Gómez, que se dice "ex-miembro del Partido Liberal y socialista revolucionario", y que por lo tanto es de origen mexicano. En su réplica compara a Flores Magón con Benito Juárez, con Abraham Lincoln y con el entonces presidente del Uruguay, José Batlle y Ordóñez. Dice que "la revolución será, desgraciadamente, sofocada poco a poco", pero observa que "la junta del Partido Liberal no dependió nunca de Madero, operó siempre por separado, si bien es cierto que sin el ambiente que preparó éste durante el reeleccionismo, dentro y fuera de Anahuaca, la revolución proletaria obrera habría fracasado como otras veces". Pero se manifiesta de acuerdo con Bozas Urrutia en reconocer que "solamente una lenta evolución y la autoconsciencia del proletariado pueden lograr el advenimiento del socialismo", pues cabe dudar de la posibilidad de una transformación revolucionaria.

En el número siguiente, Bozas Urrutia utiliza cuanto de desfavorable hay en esa carta, y resume su pensamiento diciendo:

Los socialistas norteamericanos tuvieron una frase muy apropiada para calificar a los revolucionarios mexicanos: los llaman

“imposibilistas”. Ésta es la cabal denominación. Así que yo hasta hoy no rectifico ni un solo concepto de mis artículos. Y me es satisfactorio constatar que un mexicano los compruebe.

Después de otras consideraciones termina diciendo que no insistirá más en esto, “porque *El Socialista* no puede emplear espacio en detallorías ligeras”.

El tema desaparece, por lo menos durante varios meses, de las páginas de *El Socialista*.

De hecho, la polémica estuvo dirigida no tanto a la crítica de la Revolución mexicana como, por intermedio de ella, al pensamiento y a la acción de los anarquistas uruguayos. Éstos venían realizando una activa propaganda, haciendo mítines, publicando manifiestos o periódicos y reuniendo fondos para la causa de la Revolución mexicana, y muy especialmente a favor del Partido Liberal de los hermanos Flores Magón.

ESTA CORRIENTE se vio especialmente estimulada cuando, en septiembre de 1911, el doctor Juan Creaghe, entusiasmado por las noticias que llegaban de México, abandonó su consultorio médico en la ciudad de Luján y su trabajo en *La Protesta* de Buenos Aires, órgano del que fue desde 1903 el animador más importante, y se embarcó para Los Ángeles (California), donde se reunió con el grupo editor de *Regeneración*. A fines de 1913 regresó a la Argentina, pero poco después volvió a ir a México, y murió en los Estados Unidos en el año 1920. Tenía por entonces más de 70 años, y para pagar su viaje había vendido los pocos útiles de cirugía y muebles que le quedaban de sus pasados años de holgura económica.

Una vez en California, desde el periódico *Regeneración* dirige un manifiesto “A los compañeros de la Argentina, Uruguay y de todo el mundo”, que comienza así: “Compañeros: Me creo en el deber de llevar a vuestro conocimiento mi opinión sobre el movimiento actual en México, como la de uno que ha tenido oportunidad de formarla con cierto cono-

cimiento de causa". Después de señalar la gran importancia del movimiento encabezado por Emiliano Zapata, expresa:

Deseo llevar a vuestro conocimiento el testimonio sincero y sin reserva de que el movimiento social mexicano merece todo esfuerzo y todo sacrificio de vuestra parte, y anunciaros que todo lo que veis en *Regeneración* es solamente un pálido reflejo de la realidad... En mi concepto, México debe la suerte de estar a la cabeza de esta hermosa revolución económica y agraria al problema de la tierra. Hasta los más intelectuales de los mismos burgueses declaran, en revistas y diarios que he tenido a la vista, que no podrá haber paz en México hasta que el pueblo esté en posesión de lo que considera suyo.

Y termina diciendo:

Compañeros, vuestro periódico *Regeneración* está llevando a cabo una propaganda verdaderamente necesaria y benéfica para sostener la causa de la revolución. Pero lucha con grandes dificultades, como podéis ver por el enorme déficit que pesa sobre él. Tiene muy nobles compañeros que dirigen, y son dignos de apoyo; vosotros lo ayudaréis haciendo honor a la palabra de vuestro viejo compañero.

La importante revista semanal de crítica y arte *Ideas y Figuras*, que en Buenos Aires edita durante varios años el gran poeta y agitador libertario Alberto Ghirardo, dedica casi íntegramente el número 75 de su año IV (julio 11 de 1912) a la "Revolución social de México". En un extenso artículo, "El comunismo en América en la revolución de México", casi seguramente obra de su mismo director, se hace una amplia propaganda de la Revolución mexicana, no sólo a propósito del Partido Liberal, sino muy especialmente sobre el "zapatismo". Transcribe el manifiesto ya aludido del doctor Creaghe, y textos de Kropotkin y de Jean Grave, que se refieren al movimiento mexicano.

En Montevideo —como ya aludían los escritos polémicos de Bozas Urrutia— los periódicos libertarios de la época, y de manera muy especial *Idea Libre*, *Tiempos Nuevos* y *El Anarquista* se ocupan en estos años de la revolución en México. Particularmente importantes son los artículos que a

este tema dedica el periódico *Tiempos Nuevos*, que anima don Antonio Marzovillo, cuya labor por la difusión de los hechos mexicanos tiene en el Uruguay la misma importancia que en la Argentina tuvo la del Dr. Creaghe.

Las tesis básicas que movilizan la prédica de don Antonio Marzovillo son las siguientes:

Quiero que nuestros lectores, y con especialidad los socialistas, se den cuenta que no es creación nuestra la tal revolución, y si un hecho real a todas luces. Que la tal revolución no triunfe, no será eso una razón para que nosotros, y los hombres libres en general, dejen de apoyarla. Que esa misma revolución, aun triunfando, no tendrá una finalidad completamente social y anarquista, no importa, ni lo pretendemos por ahora, pero en cambio será una brecha que se abre para dar paso a una verdadera evolución, con menos trabas que las que hoy existen.

EN UNA DÉCADA brillante para las letras y el periodismo del Uruguay, la que va de 1900 a 1910, se destaca en primer plano el escritor español Rafael Barrett.<sup>4</sup>

Sus colaboraciones en el diario *La Razón* de Montevideo —recogidas después en excelentes volúmenes— fueron enviadas en su mayor parte del Paraguay, donde residió entre 1904 y 1908 y más tarde en los primeros meses de 1910. En el Uruguay, “donde tenía sus mejores amigos”, como expresa uno de sus biógrafos, sus páginas contaban con un público devoto, en que figuraban las figuras más representativas de las letras, Rodó, Vaz Ferreira, Frugoni.

En una fecha que es posible establecer por el contexto, dedica una de sus páginas diarias a “México”.<sup>5</sup>

Saluda a la Revolución mexicana con estas palabras: “Una revolución en México es una buena noticia. Es satisfactorio que dé allí señales de existencia alguien más que el dictador y la oligarquía de banqueros.” Seguidamente analiza el porfirismo calificándolo de enemigo de su país, bajo el aspecto de empobrecer a México y entregar la riqueza nacional a los extranjeros; a Porfirio Díaz, que “el 16 de octubre hará su entrevista en El Paso con el Presidente Taft”, lo llama “Supremo Endosador de Cheques”. También se refiere al pro-

ceso seguido en Nueva York contra Cario Fornaro, autor del libro *Díaz, Czar of Mexico*, como un hecho muy reciente. Según Barrett, "el mayor mal que causan los dictadores a sus patrias es imponerles una paz absurda".

La opinión de Barrett, aparte de su difusión y calidad intelectual que consignamos, es muy interesante para establecer la reacción en el Uruguay ante los sucesos de México porque el autor pertenece a la corriente anarquista, dentro de una interpretación no violenta casi tolstoiana.<sup>6</sup> Tenemos incluso la prueba de que Barrett distingue perfectamente las verdaderas de las falsas "revoluciones", al estilo hispanoamericano, pues en un trabajo anterior, intitulado "Revoluciones", manifiesta:

La "revolución" ha surgido como un procedimiento normal, que favorecieron el carácter, la topografía y la industria. Con el criollismo ecuestre y trashumante, lo primitivo de las comunicaciones y la hacienda que se encontraba en el camino y que permitía renovar los montados y preparar el churrasco diariamente, fue fácil hacer política opositora. Una "revolución" resulta más barata que una campaña electoral.

Es evidente que su concepto coincide casi literalmente con el del ilustre Justo Sierra cuando caracteriza la "bola" en la historia política mexicana, para afirmar seguidamente que hasta su época sólo ha habido dos revoluciones auténticas en México, la de Independencia y la de Reforma.<sup>7</sup>

ESTOS DESVELOS no eran desconocidos por los mexicanos, y tenemos en nuestro poder una interesantísima carta dirigida, con fecha agosto 14 de 1914, "A los compañeros de *Tiempos Nuevos*", escrita en el papel membretado de *Regeneración, Semanal Revolucionario* (por entonces en Los Angeles), y que firma por el grupo editor Enrique Flores Magón. El texto merece la transcripción íntegra:

Tenemos en nuestro poder vuestra grata carta de 25 del pasado mes de junio, en la que nos anunciáis que nos habéis mandado la cantidad de \$ 1.95 por conducto del compañero Jaime Vidal, y ahora tenemos el gusto de participaros que dicho buen camarada

nos ha remitido ya la cantidad referida, que ha quedado anotada en nuestros libros a vuestro favor sesenta centavos, y al del compañero José María Regueira \$ 1.35.

Suponemos que dicho compañero Regueira estará recibiendo el periódico por vuestro conducto, pero de desear que le vaya directamente, servios comunicarlo junto con su dirección.

No sois vosotros los primeros en inquirir la causa de que los rebeldes compañeros en armas en México no nos ayuden con fondos; esta falta de ayuda es fácil de explicarse. En México escasea el metálico; la mejor prueba de ello es que el político Carranza, lo mismo que Villa, tuvieron que expedir papel moneda, cosa que no hacen nuestros camaradas porque no tienen gobierno que autorice dichas emisiones, desde el momento en que luchan contra todo lo que huele a Gobierno.

Además, los nuestros no son mayoría en México, que de serlo ya estaría implantado el Comunismo en toda la región, y no habría más necesidad del dinero, ni de revolución.

El único grupo afín a los nuestros es el de Zapata y, sin embargo de ser él más fuerte que los nuestros, tampoco puede hacerse de dinero fácilmente. El único medio que tienen los llamados "zapatistas" y los nuestros para hacerse de algún dinero, es atrapando ricos y frailes, y quitando lo poco que puedan. Pero ese dinero les hace falta para hacerse de más armas y sobre todo de municiones, que son tan costosas y tan escasas en México.

Lo único que sí pueden expropiar son las cosechas y ganados, a más de lo que haya de existencia en las tiendas, pero dinero en efectivo casi nada, pues lo que no ha sido enviado a los bancos de las grandes y bien guarnecidas ciudades, ha sido remitido al extranjero.

Ya veis, pues, la imposibilidad de enviarnos dinero. El poco que logran adquirir se ven forzados a emplearlo para proseguir la lucha armada. Y os parecerá increíble, pero lo cierto es que se nos acosa pidiéndonos armas y municiones por los grupos que están en el campo de operaciones, elementos necesarios, y que no podemos remitir por más que queremos. Lo único que hacemos —y con ello ponemos en peligro la vida de *Regeneración*— es poner en pie inicial de guerra a pequeños grupos, juntando de aquí y de allá, con miles de dificultades, los pocos elementos que se puede.

Solamente nosotros, que estamos en esto, podemos comprender los grandes sacrificios con que avanza la revolución por Tierra y Libertad, atendidos los liberales mexicanos a sus propios esfuerzos y a sus escasísimos elementos, abandonados a sus propios recursos, y, para mayor desgracia, hasta vituperados e insultados por camaradas de fuera, que *a priori* nos acusan de antiliberales, de

estafadores y de embaucadores, de estar engañando al mundo proletario. ¡Como que no fuera suficiente con que haya un grupo —por pequeño que éste fuera— de compañeros que se esfuerzan por encauzar la revolución mexicana a un fin práctico y beneficioso para los proletarios, para que los camaradas de todo el mundo debieran volar en nuestra ayuda! Desgraciadamente no sucede así. No se nos ayuda, sino que, por el contrario, en su egoísmo hasta trabas se nos pone, y se nos obstaculiza en nuestra marcha hacia nuestra emancipación, ya sea haciendo silencio en la prensa libertaria hacia nuestro movimiento, o descaradamente insultándonos sin fundamento alguno.

Yo personalmente os digo, hermanos, que estoy tan asqueado de ver la ruindad de espíritu de muchos llamados anarquistas, que si no fuese porque esta lucha se ha vuelto vida de mi vida, y por ella estoy dispuesto a ir al cadalso a cualquier hora, ya hubiera yo despachado todo en hora mala, y cometido suicidio yendo a matar a cualquier tirano, para que de una vez me matasen a mí.

¡Cuánta miseria! ¡Cuánta ruindad! ¡Cuánta depravación hay todavía en nuestros mismos llamados camaradas! ¡Cuánta!

Si la Revolución mexicana llegara a fracasar, sería en grandísima parte debido a la falta de apoyo de los mismos que debieran habernos apoyado. Y si así llega a suceder, que sobre ellos caiga la maldición del proletariado futuro.

No es cierto que Ricardo vaya al Congreso Internacional de Londres; faltan dos cosas para poder hacerlo: lo primero, dinero, y lo segundo, tiempo. Pero habiendo dinero se encontraría tiempo.

Camaradas: no dejéis de hacer cuanto os sea posible por ayudarnos. Con los saludos sinceramente vuestros en la lucha por la emancipación del proletariado, deseándoos Salud y Anarquía. Por el Grupo de REGENERACIÓN, E. Flores Magón.

Este tipo de vinculaciones, y las publicaciones antes aludidas, podrían erróneamente inducir a pensar que la resonancia de la Revolución mexicana en el Uruguay se reducía al estrecho y cálido círculo de los militantes obreros y socialistas de *élite*, a sus periódicos y centros de relativa área de acción.

Lo que sucede es que ese ambiente actúa como precursor e inicia la difusión de los problemas mexicanos, pero andando el tiempo el tema llega a capas más amplias de la población y hasta alcanza cierta resonancia que puede calificarse de nacional.

JUSTAMENTE EN 1914 se registra uno de esos episodios en que se moviliza toda la opinión pública, y el "caso de México" alcanza un interés candente, que trasciende al ambiente universitario, gana la gran prensa, se manifiesta popularmente y hasta amenaza convertirse en un problema político interno.

Cuando llegan al Uruguay las primeras noticias sobre el desembarco de las tropas norteamericanas en la ciudad de Veracruz (21 de abril de 1914), y seguidamente detalles de la heroica resistencia de los cadetes de la Escuela Naval y del vecindario del puerto, se enardece la opinión pública y se promueven sucesos que todavía hoy son recordados por los uruguayos.

Todos los diarios y periódicos se ocupan extensamente de esas noticias, y en la oportunidad se rememoran los grandes hechos de la historia mexicana, incluyéndose fotografías de sus principales hombres públicos, edificios, paisajes, tipos humanos, etc. Uno de los periodistas más acreditados de la época, el poeta Leoncio Lasso de la Vega, inicia en *El Día*, periódico dirigido por el propio presidente de la República, Batlle y Ordóñez, una serie de incisivos artículos sobre México, el primero de los cuales (23 de abril de 1914) pone el acento en la tradición indígena del país y alude a los anteriores conflictos con los Estados Unidos.

En *La Razón*, que dirige el periodista Eduardo Ferreira, y que es un diario de gran influjo en los medios intelectuales, se lee en la edición del 24 un editorial intitulado "La actitud de los Estados Unidos. Invasión de Méjico. Protesta de la América latina", en que se expresa:

Se comete un nuevo atentado contra la América latina frente a la indiferencia de sus gobernantes como en otrora presenciamos la extensión de su influencia imperialista, que va lentamente invadiendo los territorios comprendidos en la América del Sur y que si se han mantenido tranquilos, desarrollando sus riquezas, acumulando elementos culturales, fue precisamente porque se hallaban distantes de la zona de influencia directa de los políticos del Norte...

En la misma fecha, *La Democracia*, órgano del tradicional Partido Nacionalista o Blanco, también en un editorial ("Méjico y Estados Unidos"), dice terminantemente: "Pendén sobre la soberanía y hasta sobre la independencia de las repúblicas débiles de Sudamérica los mayores peligros..."

*El Día*, a pesar de publicar los artículos de Leoncio Lasso de la Vega, no se coloca en el tono del resto de la prensa de Montevideo. Se transcribe, por dos veces en una semana, un editorial del diario *La Vanguardia* de Buenos Aires, órgano oficial del Partido Socialista Argentino, en que se destaca el carácter regresivo del gobierno de Victoriano Huerta y la confianza en que la intervención militar estadounidense no vulnerará la soberanía nacional mexicana, sino que sólo tendrá por objeto contribuir al restablecimiento de las instituciones libres de México.

Es comprensible que en ese clima, al que colaboran asimismo reuniones espontáneas de los estudiantes, de los militantes de la extrema izquierda o del nacionalismo, haya tenido un éxito notable la iniciativa de un grupo de escritores reunidos en la revista *Tabaré*, entre quienes figuraban autores tan conocidos como Julio Raúl Mendilaharsu, Fernán Silva Valdés, Enrique Casaravilla Lemos y otros. Éstos lanzan un manifiesto "Al pueblo uruguayo", donde se lee:

Tropas yanquis han invadido a Méjico, patria hermana de nuestra patria. Después de Puerto Rico, después de Cuba, después del desmembramiento de Colombia para fundar la república de los traidores de Panamá, el pueblo de Monroe ha pisoteado sus doctrinas democráticas y se presenta ahora como el blondo Tartufo de la política internacional. Para protestar contra ese acto de cesarismo vejatorio, invitamos a todo el pueblo a una manifestación, sintiéndonos solidarios por la comunidad de lengua y de raza, de triunfos en lo pasado, de aspiraciones en lo presente, y de victorias en lo porvenir. ¡Viva Méjico! ¡Viva la América latina!

Es evidente que se trata de admiradores del *Ariel*, publicado en 1900, y no nos sorprende ver cómo al día siguiente se hace pública una extensísima lista de adhesiones que encabeza justamente José Enrique Rodó, junto con Miguel A. Páez Formoso, Eduardo Rodríguez Larreta, José G. Antuña,

José Pedro Blixen Ramírez, Alberto Reyes Thevenet, Enrique Cluzeau Mortet, Eduardo Acevedo Álvarez, Vicente H. Salaverry y . . . Evaristo Bozas Urrutia, el crítico de 1911 de la Revolución mexicana en *El Socialista*.

Hay asimismo otras adhesiones significativas que nos permiten afirmar que se trata de un movimiento de solidaridad nacional, por encima de banderías. Así la Federación de Estudiantes hace pública su adhesión y constituye un Comité Estudiantil pro-Méjico, después de que el poeta Ángel Falco “pronunció un vibrante discurso elogiando la actitud bizarra de la juventud”, como dice un cronista. (Como se recordará, el vate Ángel Falco fue designado poco después cónsul del Uruguay en México, donde residió muchos años colaborando eficazmente al mejor conocimiento de ambos países.) Por la Federación de Estudiantes firman algunas personas que alcanzarán significación en el país, como Bartolomé Vignale, Humberto Boggiano, Eduardo Terra Arocena, Eustaquio Tomé, Oscar Bellán y otros.

No faltan las adhesiones de los centros políticos más distintos. Así el Comité Popular Nacionalista (del partido derechista y nacionalista del Uruguay), pero también el Centro Internacional de Estudios Sociales que agrupa a los anarquistas, y clubes colorados como el “Club José María Sosa de la 18ª Sección de Montevideo”, que corresponde al partido gubernamental y progresista.

Desde el exterior también llega la adhesión de una personalidad especialmente significativa, la de Manuel Ugarte, entonces en las filas del Partido Socialista Argentino, que ya marcaba una línea muy nacionalista y antiyanqui. También Ugarte —como es sabido— fue posteriormente a México como representante diplomático de su país.

La manifestación tuvo lugar por la noche el sábado 25 de abril de 1914 en el centro de la ciudad de Montevideo. Fue concurrendísima, y muy apasionada en sus “Viva Méjico” y “Mueran los Estados Unidos”, y a ello contribuyeron incendiarios discursos de Julio Raúl Mendilaharsu y Ángel Falco.

Terminado el acto, la multitud, en la cual se contaban

prácticamente todos los estudiantes universitarios, intentó marchar sobre el edificio de la Legación de los Estados Unidos y atacar algunos comercios estadounidenses. La policía resultó impotente para contenerla, y se recurrió entonces a la tropa de caballería, que después del toque de clarín cargó sobre la masa. Ésta repelió con armas improvisadas el ataque, y se estableció una formal batalla campal de que resultaron unos cincuenta heridos, en su mayoría leves.

Es de notar que se trataba de un hecho inusitado en las costumbres uruguayas. Salvo alguna huelga en localidades alejadas o en zonas suburbanas, no había antecedentes de un suceso semejante, y menos siendo buena parte de los asistentes intelectuales, estudiantes o personalidades del ambiente.

Las brutalidades de la tropa, la "heroica resistencia" del público, la injusticia de los procedimientos, etc., ocuparon la imaginación de los uruguayos y provocaron nuevas tormentas.

Al día siguiente, el diario *La Democracia*, en su primera plana, a seis columnas y con letras titulares no usuales en ese tiempo en Montevideo, bajo el título de "La imponente manifestación de protesta de anoche. El Presidente de la República, partidario de la actitud yankee, manda apalear al pueblo", hacía larga crónica de los sucesos y utilizaba la ocasión para propiciar una crisis política. La solidaridad espontánea del pueblo uruguayo por sus hermanos mexicanos se convertía en causa de una nueva batalla política doméstica.

En el diario *El Día*, escrito en el inconfundible estilo del presidente Batlle y Ordóñez, en la edición del día anterior a la manifestación se publicó un artículo en que se leía: "El gobierno habría prohibido la celebración de este acto, pues las actitudes nacionales respecto de países con quienes mantenemos las mejores relaciones deben someterse siempre a larga y reposada reflexión, pero la ley sobre reuniones populares no se lo permite y su acción no puede ser otra que la de conservar el orden", etc. Seguidamente se abundaba en las razones antedichas contrarias al gobierno de Huerta, y se transcribía, por estimarlo coincidente en sus directivas, el artículo de *La Vanguardia* antes aludido.

La oposición nacionalista acusó entonces al Presidente de

la República de ser partidario del intervencionismo de los Estados Unidos en los asuntos internos de las repúblicas hispanoamericanas, y por ello haber ordenado el apaleamiento de los manifestantes.

El asunto se llevó a la Cámara de Representantes. En la sesión del 30 de abril de 1914, el líder nacionalista Luis Alberto de Herrera interpeló al gobierno y reclamó la presencia del Ministro de Relaciones Exteriores, "que después de la manifestación había visitado al embajador de los Estados Unidos para pedirle disculpas por los gritos del público, «Mueran los Estados Unidos», y el intento de atacar la Legación". En el debate intervinieron los más brillantes tribunos parlamentarios de la época, Washington Beltrán, Julio María Sosa, César Miranda, y el debate se prolongó durante toda la sesión y en la correspondiente al sábado 2 de mayo de 1914.

El gobierno, que tenía holgada mayoría, desechó la acusación y reiteró su confianza de que la intervención terminaría pronto y no afectaría la independencia mexicana. Ciertos episodios muestran cómo se encontraba obligado a dar algunas satisfacciones a una opinión pública que seguía fervorosamente la causa de México, sin pronunciarse en general, justo es decirlo, sobre el problema exclusivamente mexicano Huerta-Carranza.

El diario *El Día*, en su edición del 2 de mayo, publicó un cambio de correspondencia entre el Presidente de la República y el ex Ministro de Relaciones Exteriores Emilio Barbaroux, demostrando que el gobierno nunca reconoció como jefe del Estado mexicano al general Huerta, y mostrando las razones políticas que le llevaron a esa actitud. Días más tarde el jefe de policía de la capital, Virgilio Sampognaro, concurre al Círculo de la Prensa y, so pretexto de conocer la situación de algunos periodistas que se encontraban entre los heridos por los sucesos de la manifestación del 25 de abril, dio explicaciones sobre la actitud de las fuerzas a su cargo.

De más está decir que todos estos episodios reforzaron la adhesión a la causa mexicana y pusieron más en evidencia el sentimiento nacionalista de escritores, estudiantes, etc. En las semanas siguientes, la prensa afecta a México publicó

sensacionales correspondencias contra la intervención yanqui bajo títulos como éste de Luigi Barzini, en *La Democracia*: “Una conquista más feroz que una guerra”.

UN TEMA interesante sería estudiar la incidencia de la legislación, especialmente la de tipo social, sobre la elaboración de las leyes y disposiciones similares uruguayas. Debe observarse, ante todo, que en 1917 y simultáneamente en México y Uruguay se aprueban textos constitucionales que serán estimados, por muchos años, como los más adelantados no solamente de la América hispánica, sino incluso en el plano internacional.

Que en el Uruguay se sigue con atención en esos años la legislación nueva de México, resulta de la lectura de la prensa. Así en *La Batalla* de Montevideo, “periódico de ideas y crítica” publicado quincenalmente por el movimiento libertario, en la edición de la primera quincena de junio de 1916 se lee bajo la firma de Ángel Morelli y en un extenso artículo de primera plana intitulado “Méjico”:

Se está procediendo a una reforma legislativa tendiente a sancionar una serie inmensa de derechos adquiridos por la Revolución, que causa asombro, máxime tratándose de Méjico, y que deja muy atrás el programa político de Batlle, considerado como el más avanzado de América. Y en todos los decretos y cláusulas gubernativas, especialmente de aquellos Estados de la federación donde la lucha es más cruenta y tiene un objetivo humano, campea un lenguaje completamente nuevo que dice mucho del espíritu revolucionario que lo motiva...

Todo un capítulo de la resonancia de la Revolución mexicana en el Uruguay correspondería al eco obtenido por el agrarismo zapatista.

Ya la prensa simpatizante con el “magonismo” comenzó a llamar la atención sobre Zapata y, como vimos, el mismo periódico *Regeneración* puso muy en alto la estima que por Emiliano Zapata y sus huestes sentían los revolucionarios mexicanos.

Con fecha 30 de diciembre de 1917, el semanario libertario *La Batalla* de Montevideo manifiesta lo siguiente:

Probablemente para muchos será una novedad saber que en México aún se está en revolución, a pesar de haber transcurrido unos siete años desde la caída del tirano Porfirio Díaz y de existir actualmente un "presidente" que se llama Venustiano Carranza. Pues bien, en México aún existe la revolución y no es menos de la cuarta parte del territorio la que está en poder de los revolucionarios encabezados por los hermanos Zapata.

Seguidamente se cita la fuente de su información, que se manifestará abundantemente en Montevideo por lo menos durante dos años, casi hasta el 10 de abril de 1919 en que desaparece físicamente el gran líder popular agrarista. Esa fuente es el agente de Zapata en Cuba, general Jenaro Amezcua, que realiza una "jira de propaganda" en la isla antillana y mantiene una amplia correspondencia con periódicos y centros del Río de la Plata.

En Montevideo se difunde bastante el volumen intitulado *México revolucionario*,<sup>8</sup> donde, aparte del Plan de Ayala, las leyes agrarias de Morelos de 1916, los manifiestos de Zapata, algunos textos de Antonio Díaz Soto y Gama y ciertos artículos de actualidad política tomados casi siempre de *El Sur* de Morelos, hay unas escasas páginas en que se intenta mostrar la resonancia de la Revolución mexicana en el extranjero. Con excepción de las declaraciones del general Amezcua a la prensa cubana, el resto es exclusivamente de origen rioplatense, pues allí leemos el ya conocido manifiesto del doctor Juan Creaghe, el artículo de *La Batalla* antes aludido y un texto de ocho páginas suscrito por J. Vidal, intitulado "Historia de la revolución económica en México. Montevideo, Uruguay, Edic. de 1918", que por esa denominación podría suponersele originariamente un folleto, aunque nada similar he encontrado en la conocida bibliografía de Max Nettlau ni en los repositorios de la Biblioteca Nacional del Uruguay.

En cuanto a su autor, hay en el movimiento obrero de esos años dos personas del mismo nombre y apellido: el administrador de un periódico anarco-individualista, *El Hom-*

bre, de cierta gravitación en el medio, y el animador de la Federación Sudamericana de Picapedreros, con sede en Montevideo. La preocupación economista que denota el autor, y el mismo hecho que destaca en su escrito de que los datos que relata son “adquiridos personalmente durante nuestra permanencia en México, a más de estar relacionados por espacio de algunos años con los liberales mexicanos”, posible por su misma situación como sindicalista, me hacen pensar que se trata del segundo indicado. Se notará que esta persona es casualmente citada en la carta antes transcrita de Flores Magón a *Tiempos Nuevos* de Montevideo del año 1914. Sería interesante fijar sus andanzas en México.

A su juicio, “la revolución actual de México representa para el progreso humano un gran paso hacia la verdadera libertad, realizándose un cambio sorprendente de principios en las luchas populares, que nos hace entrever a los libertarios una esperanza próxima a realizarse y una victoria cercana a nuestras aspiraciones comunistas”. Vidal encuentra en el movimiento mexicano la alborada de nada menos que la Revolución Socialista Mundial (“el movimiento histórico de la revolución humana ha tomado como punto de partida los hermosos campos de México”), y habla de la próxima liberación de los “proletarios tropicales” de la América central, y de las repercusiones en la América del Sur e incluso en Europa. “La señal vendrá de América...”

El general Amezcua mantiene viva la relación con Montevideo durante bastante tiempo. Hemos visto una fotografía suya dedicada en términos líricos —al estilo de la época— a María Collazo, redactora responsable de *La Batalla*, mujer efectivamente de gran temple y seguramente una de las personalidades femeninas más destacadas de la historia social del Río de la Plata.

Ese mismo periódico edita hacia 1918 una hoja suelta, en gran formato, intitulada “El comunismo en México”, donde se transcribe íntegramente el artículo de Edgecom Pinchon<sup>9</sup> sobre el Estado de Morelos, publicado antes en el *Pearson's Magazine*. Seguramente este artículo, destinado a la gran

prensa, pleno de anécdotas y hecho con simpatía por el zapatismo, es conocido en México.

En cuanto a Montevideo y al ambiente obrero en que se difunde, sólo explica el hecho la gran solidaridad que despertaba popularmente México. Allí hay frases como ésta: "Siete años de libertad han cambiado al peón en una escultura viva muy parecida a la que imaginara para los hombres del Norte Walt Whitman".

Posiblemente podrían señalarse en México las contrapruebas del interés que su revolución despertaba en el Uruguay. Por lo pronto, la actividad de Amezcua sobre el zapatismo llega a conocimiento de los líderes agraristas. Así lo declara expresamente el citado general en declaraciones que hace al periódico *La Discusión* de La Habana el 15 de abril de 1918.<sup>10</sup> Señalemos asimismo un breve escrito firmado por Emiliano Zapata, que Amezcua publica en *El Mundo* del 10 de mayo de 1918, documento muy interesante en que se traza un breve paralelo entre la Revolución rusa y el movimiento agrarista mexicano, especialmente en el plano de su resonancia mundial.<sup>11</sup>

Finalmente, José C. Valadés nos proporciona un dato interesante, pues asegura haber visto en la papelería de doña Juana Gutiérrez de Mendoza, preclara combatiente del zapatismo, cartas de Montevideo de doña María Collazo, redactora responsable de *La Batalla*. Desgraciadamente no he encontrado en Montevideo el material epistolar correspondiente de México.

EN LA DÉCADA de los años 1920 a 1930 el tema mexicano pierde naturalmente su lugar especial en los periódicos, manifiestos, mítines de la extrema izquierda, pero en cambio arraiga firmemente en el ambiente intelectual. Un Comité de Amigos de México es presidido por la escritora Clotilde Luisi y propicia una serie de importantes conferencias en el Ateneo de Montevideo, donde intervienen incluso varios mexicanos, como Alfonso Reyes (ministro en Buenos Aires), Lerdo de Tejada (también en el servicio diplomático), el entonces agregado obrero de la Embajada de México en la Argentina, Car-

los Gracidas, etc. Entre los uruguayos es significativa la presencia del fundador del Partido Socialista Uruguayo, doctor Emilio Frugoni, quien pronuncia dos conferencias en agosto de 1928.<sup>12</sup>

En su exposición, Frugoni justifica ampliamente la elección de su tema:

Todo país es una lección en el mundo... Entre todas las naciones de América ninguna atrae tanto en la actualidad la atención curiosa del sociólogo, del historiador, del estadista, como Méjico. Es él un campo en el que se está realizando una vasta experiencia social, en el que se está levantando una verdadera fábrica de porvenir y en el que libran grandes batallas fuerzas sociales que no han renunciado todavía desgraciadamente del todo al empleo de la violencia y de las armas... Mientras el gobierno federal y el de algunos Estados, especialmente el de Yucatán, se entregaban con plausible ardor y a veces con admirable empeño a la obra de la reconstrucción nacional sobre las bases de una legislación avanzada, dando solución a los problemas vitales, levantando el edificio de una organización jurídica inspirada en un sabio espíritu de justicia social y luchando, por otra parte, con un abrumador pasivo histórico, se desataba por todo el mundo una campaña de descrédito, de difamación contra la situación política mejicana, que es, naturalmente, la obra de todas las fuerzas reaccionarias, pero que tiene dos fuentes principales: una, el capitalismo norteamericano; otra, el clero católico, afectado en sus tradicionales privilegios.<sup>13</sup>

Sobre el problema de la calificación del movimiento histórico mexicano, cuya calidad revolucionaria había sido negada enfáticamente al principio en la prensa socialista uruguaya, Frugoni adopta una actitud más comprensiva, influido por el balance de los años transcurridos. A su juicio, es el mexicano "un movimiento de innegable trascendencia social, una verdadera revolución agraria, sean cuales fueren las modalidades que, por encima de todo eso, hayan podido imponer las rivalidades de las diversas y numerosas fracciones". Pero su apoyo a la Revolución mexicana —que nunca califica de social— es siempre crítico. "Existen —dice— signos de atraso político, como ser: marcado predominio presiden-

cialista, caudillismo, fanatismo personalista, corrupción en algunos funcionarios administrativos.”

Estas dos conferencias, más que teorizar sobre el problema ideológico, se ahincan en cuestiones muy concretas: la cuestión del petróleo y el problema religioso. También aluden brevemente a la reforma agraria, y la primera concluye con estas palabras:

Podemos llegar a la conclusión de que Méjico ha realizado su revolución francesa, frente al feudalismo territorial persistente en el cuerpo orgánico de la nación. Pero es una revolución francesa que viene naturalmente impulsada e influida por las corrientes espirituales, económicas y sociales del siglo en que se realiza.

Hace un gran elogio de Emiliano Zapata y de la obra educativa de Vasconcelos bajo la presidencia de Obregón. El folleto abunda en cifras, fechas, citas, y su información es en buena parte oficial. Cita, entre los autores mexicanos, a Vasconcelos, a Vicente Lombardo Tedesco (*sic*, por Toledano), al ingeniero Luis León, extensamente a Pérez Lugo, y al dominicano Henríquez Ureña.

La segunda y última de las conferencias termina con estas palabras definitorias, que harían suyas todos los integrantes de la intelectualidad progresista uruguaya: “En esta hora han de estar con Méjico todos los espíritus modernos y avanzados, como contra Méjico están todos los espíritus obstinadamente conservadores, reaccionarios y retrógrados.”

EFFECTIVAMENTE, no han faltado, ni podrían faltar en el Uruguay, las voces de crítica y reprobación de la Revolución mexicana. Su importancia es mucho menor que la correspondiente al núcleo de los “mexicanistas”, pero su existencia permite mostrar la trascendencia del fenómeno histórico de México, y trazar en el interior de la sociedad uruguaya una frontera significativa.

Por 1911 se publica en Montevideo un folleto anónimo en que se critica duramente a la Revolución mexicana, mostrándola como un ejemplo de los excesos revolucionarios consentidos por gobiernos perversos. La intención era, evidente.

mente, influir en el ámbito nacional uruguayo en un año de huelgas y nuevos proyectos de legislación social, que inician la segunda presidencia de Batlle.

Por desgracia, no estamos en condiciones de proporcionar más informes sobre esta publicación, a la cual debo referirme por datos de segunda mano.

En 1917, cuando se discute la Constitución uruguaya que (entre otras novedades) separa la Iglesia del Estado, o, mejor dicho, confirma una separación ya producida entre ambas instituciones y en todos los terrenos desde hacía varios años, aparece un libro de Ariosto González intitulado *La persecución religiosa en México*. Su autor, católico militante y muy conocido historiador, actual presidente del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, argumenta contra "los excesos revolucionarios" anticatólicos en la República mexicana. La obra tiene una relativa difusión y, por cierto, no posee la acritud de la mayoría de los escritos de este tipo y origen.

Podría extenderse este ensayo hasta nuestros días y precisar mejor ciertas épocas y el reflejo de ciertos personajes, como por ejemplo el muy sugestivo de Pancho Villa y posteriormente de José Vasconcelos y Lázaro Cárdenas. Pero las páginas que anteceden tal vez sean suficientes para indicar un camino y abrir una senda en que la tradicional amistad de dos repúblicas democráticas se pueda encontrar en el plano de la investigación histórica.

#### NOTAS

1 José C. VALADÉS, *Sobre los orígenes del movimiento obrero en México*, Apéndice "Documentos para la historia del anarquismo en América", en el volumen colectivo *Certamen internacional de "La Protesta"*. En ocasión del 30º aniversario de su fundación: 1897-13 de junio-1927, Buenos Aires, 1927.

2 Véase Diego Abad de SANTILLÁN, *Ricardo Flores Magón, el apóstol de la Revolución social mexicana*, México, 1925.

3 Sobre los orígenes del socialismo y el movimiento obrero en el Uruguay, véase nuestro libro *Ensayo de sociología uruguaya*, Montevideo, 1957.

<sup>4</sup> De él dijo José Enrique Rodó, al acusar recibo del volumen *Moralidades actuales* (Montevideo, 1910): "Ha enaltecido usted la crónica, sin quitarle amenidad ni sencillez. La ha dignificado usted por el pensamiento, por la sensibilidad y por el estilo. Hay cronistas de fama europea, que escribiendo fuera del bulevar no tendrían nada interesante que decir a nadie, y que aun escribiendo desde el bulevar son incapaces de comunicar a una página más que el interés de la novedad que cuentan y comentan. Usted escribe desde una aldea de los trópicos y para el público de Montevideo y, devolviendo en impresión personal los ecos tardíos de lo que pasa en el mundo, produce cosas capaces de interesar en todas partes y siempre, porque tienen una soberbia fuerza de personalidad" (Epílogo de las *Obras completas* de Rafael Barrett, Buenos Aires, 1943, p. 696).

<sup>5</sup> *Obras completas*, ed. cit., pp. 643-645.

<sup>6</sup> En un artículo intitulado justamente "Mi anarquismo" (*Obras compl.*, pp. 510-511), sostiene: "Me basta el sentido etimológico 'ausencia de gobierno'. Hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. Eso es todo... Educarnos y educar... Todo se reduce en el libre examen. Que nuestros niños examinen la ley y la desprecien."

<sup>7</sup> J. SIERRA, *Evolución política del pueblo mexicano*, México, 1940, p. 181.

<sup>8</sup> *México revolucionario*. / A los pueblos / de / Europa y América. / 1910-1918. / Imprenta / Espinosa, Ferré & Co. / Amargura 77 y 79. / Habana.

<sup>9</sup> Se observará que, a pesar de la grafía distinta, se trata de Edgcomb Pinchon, el conocido escritor norteamericano, autor de la biografía novelada *Viva Villa*, que ha alcanzado en su versión española dos ediciones en el Río de la Plata.

<sup>10</sup> Transcritas en las pp. 166 ss. del mencionado libro *México revolucionario*, en los siguientes términos: "Sí, señor, a la presente, universalmente es conocida la Revolución del Sur. En los archivos del Cuartel General obra ya la enorme correspondencia que se refiere a las muestras de simpatía que hacen a nuestra causa centenares de diarios, de revistas ilustradas, grandes centros de obreros, hombres eminentes en las letras y en las artes de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, España y de varias repúblicas de este Continente."

<sup>11</sup> *México revolucionario*, p. 184: "Por eso es tan interesante la labor de difusión y de propaganda emprendida por ustedes en pro de la verdad; por eso deberán acudir a todos los centros y agrupaciones obreras del mundo, para hacerles sentir la imperiosa necesidad de acometer a la vez y de realizar juntamente las dos empresas: educar al obrero para la lucha y formar la conciencia del campesino."

<sup>12</sup> Recogidas en el volumen *La lección de Méjico*, Montevideo, 1928; 40 pp.

<sup>13</sup> E. FRUGONI, *La lección de Méjico*, pp. 5-6.